

men cree encontrar aislados entre ellos los antiguos rasgos fisonómicos nacionales, que los antecesores dejaron impresos en las estatuas colosales y en los relieves de sus templos y de sus sepulcros, tales como: rostro largo y ovalado, nariz elegantemente arqueada y algo redondeada en la punta, labios relativamente gruesos pero no arremangados en forma de hocico prolongado, barba echada hacia atrás, ojos vivos, barba poco poblada, cabellos rizados pero no lanosos, cuerpo extraordinariamente hermoso y generalmente de regular estatura, y piel de color bronceado. «Este — dice — es el verdadero retrato de un dongolawi puro: iguales rasgos fisonómicos encontramos entre los ababdehes, los bischariehes, una parte de los habitantes de la provincia Chendi y entre algunos abisinios.» Los primitivos rasgos del árabe nubio que naturalmente se nos presentan muy mezclados, son según Ruppell los siguientes: frente algo saliente y separada por una hendidura de la nariz bellamente arqueada; boca proporcionada y nunca con los labios arremangados; ojos vivos y hundidos; barba redondeada y con bastante pelo; cabello poco ó nada rizado; estatura más que mediana, y color de la piel en algunos individuos, bastante claro. ¿No recuerda esta distinción que hace Ruppell entre el elemento barabra y el árabe el análisis antropológico que el mismo autor hace de los abisinios? En una y en otro parece como si esta diferencia tan marcadamente consignada procediera sólo de una cantidad variable de sangre negra mezclada con un tipo fundamental no negro: en este caso los árabes serían los que menos participaran de la naturaleza del negro y los nubios los que más de ella tendrían. También Roberto Hartmann en presencia de la estructura corporal de los actuales nubios recuerda á menudo las antiguas estatuas egipcias y hace constar que los ababdehes presentan la forma cónica de la caja del pecho que los antiguos egipcios marcaron tan claramente en sus figuras de dioses y de hombres. Igual forma de pecho encuentra entre los bischariehes á su vez muy semejantes á los berberinos. Los caracteres hallados por Hartmann en la cabeza y rostro de los ababdehes corresponden por completo al tipo egipcio: cabeza larga, frente alta y convexa, coronilla arqueada, nariz recta ó algo encovada con la punta roma y las alas anchas, boca ancha con los labios carnosos, mejillas prominentes y barba redonda. Análogos son los rasgos fundamentales que atribuye á los bischariehes junto á los cuales puede colocarse, según Ruppell y Heuglin, á los berberinos. Respecto de los bischariehes también Hartmann ha aceptado la riqueza de caracteres individuales antes consignada según una observación de Schweinfurth: hay entre ellos individuos de piel de color pardo negro y por otra parte encontramos aun en Nubia beduinos rubios que quizás son descendientes de soldados turcos; pero el tono dominante es el pardo rojizo que entre los ababdehes tira más al rojo y entre los bischariehes presenta reflejos más oscuros.

Las actuales mezclas de los árabes y de los negros arrojan interesante luz sobre el nacimiento de estos tipos mestizos. Nachtigal dice de los schonos, es decir de los árabes naturales de Bornú, que presentan distintos caracteres físicos según el grado de mixtión con los elementos indígenas: los que han podido vivir juntos en grandes grupos y cerca de otras tribus han conservado el color claro y los rasgos fisonómicos de sus antepasados; los que no, se han ido asemejando más ó menos á los indígenas: en estos casos lo primero que se modifica es el color de la piel y luego disminuye el sello característico de la fisonomía, siendo lo último que varía el lenguaje llevado y extendido por el islamismo im-

perante y que forzosamente ha de servirse del idioma árabe el cual ha conservado entre las tribus árabes de Bornú un exclusivismo y una pureza notables.

«He conocido árabes en Bornú que á pesar de haber vivido sus familias por espacio de algunas generaciones á pocas millas de distancia de Kuka tenían tan escasa noticia del idioma kanuri que yo, extranjero, les serví de intérprete.» Esta persistencia del lenguaje embrolla las ideas etnográficas.

La noción de los nubas, nubios, no es una noción etnográfica porque corresponde á un territorio que desde hace tiempo viene siendo región fronteriza entre pueblos tan distintos como los negros, los árabes y los egipcios y que ha visto realizarse las más abigarradas mezclas. Siendo Nubia un país que sirve de paso al comercio de los esclavos negros, cuyo mercado principal está en Nubia, y al propio tiempo un territorio de conquista y de rapiña de los antiguos y modernos egipcios, puede vanagloriarse menos que ninguna otra región africana de poseer razas puras. La idea de nubas había llegado á ser en la misma Nubia, según ya Lepsius dijo en 1844, un concepto más bien social relacionado con la idea de un origen humilde y de una dependencia esclava, razón por la cual los nubios se denominaban á sí mismos barabras y aun gustaban de renegar de su propio idioma. En tiempo de Burckhardt se daba en Chendi el nombre de nubas á todos los esclavos procedentes de los países situados al Sud de Sennar. En la actualidad un análisis de lo que significa la noción nubios ha de limitarse á lo sumo á separar los elementos árabes que se han mantenido puros y quizás á determinar algunos grupos secundarios; pero por lo que respecta al concepto nubios tomado en su conjunto no queda para él más que la concepción geográfica que ha de apoyarse en un deslinde, el más exacto posible, de los territorios que habitan los nubios, para lo cual sólo pueden servir de guía los idiomas, ya que las costumbres, usos, armas y utensilios de todos los pueblos nubios, si bien ofrecen en todos ellos analogía, también la tienen con elementos extranjeros, especialmente árabes, hasta el punto de no poder presentar punto de firme apoyo. Por esta razón los mismos viajeros científicos como Schweinfurth aplican genéricamente el nombre de «árabes» á tribus nubias, á los baggaras por ejemplo.

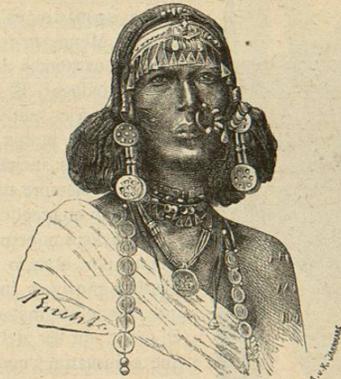
En cuanto á los idiomas nubios, es difícil deducir de ellos el origen de las tribus existentes: la mezcla de lenguajes y aun los que podríamos llamar préstamos lingüísticos aparecen más frecuentes entre los pueblos de estas comarcas que entre muchos otros, de suerte que en muchos casos es preciso dejar á un análisis lingüístico minucioso la tarea de encontrar los restos nubios. Desde hace tiempo el árabe ha progresado en estos territorios y se comprende que antiguamente se calificara de árabes á muchas tribus nubias hasta que se encontraron los restos nubios bajo la capa de los idiomas extranjeros por ellas admitidos ó hasta que por medio de la tradición se llegara al antiguo modo de ser, como sucede por ejemplo en Barkal, comarca de la cual dice Lepsius: «Actualmente en este territorio no se habla más que árabe, pero en él se ha conservado claro el recuerdo de una antigua población nubia, pues que una porción de aldeas se califican de lugares nubas para distinguirlas de otras.» Por sus propias observaciones sólo puede designar como nubas ocho lugares situados en el Nilo más arriba de Dongola. Este recuerdo se ha borrado con frecuencia de la mente de todos los africanos mahometanos cuyo eterno deseo es hacer derivar su árbol genealógico de las más nobles familias de Arabia, cuando no de los mismos schines.

En los territorios egipcios en los cuales se ha mantenido alejada ó ha desaparecido por completo la mezcla árabe, encontramos una estructura corporal distinta, aunque no muy acentuada (véase el grabado de la página 117). El fellah egipcio es un hombre de mediana estatura, vigorosa osamenta, ancho pecho, hombros robustos y cuerpo musculoso y enjuto. Las mujeres y las muchachas son á menudo esbeltas y recuerdan la simetría de los antiguos: su rostro es ancho y redondo, con la barba pronunciada, labios gruesos, dientes grandes, ojos grandes y rasgados, cejas horizontales, pestañas pobladas y manos y pies más bien grandes, estos últimos largos y aplanados. El color oscila entre el pardo amarillento y el rojo amarillo, no faltando casi nunca la mezcla rojiza: en las antiguas pinturas murales obsérvase el hecho de que las mujeres son más blancas que los hombres, lo cual no es otra cosa que la exageración del fenómeno que aun hoy se observa. Si pretendemos buscar en estas cualidades corporales indicios de alguna afinidad, encontraremos una separación clara del elegante y delgado tipo del árabe y una aproximación al tipo negro ó mejor al tipo negro atenuado tal como lo vemos en los mulatos. Quizás podríamos caracterizar el tipo fellah de un modo más conciso diciendo que es un elemento fundamentalmente oeste-asiático norte-africano con mezcla africana (véase tomo I, pág. 68). El cráneo del egipcio se diferencia tanto del del árabe como del del negro. En estas analogías y diferencias hay que tener también en cuenta la influencia de las circunstancias externas: el árabe pastor, nómada, jinete y bandido ofrece en su cuerpo, andando el tiempo, una estructura distinta que el egipcio que desde hace miles de años lleva cargas, cava, ara y saca agua. Entre uno y otro no existe, sin embargo, un abismo infranqueable por lo que toca á las dotes naturales: ambos están en el camino que de los europeos conduce á los negros, ocupando en este concepto la misma situación que desde el punto de vista geográfico. En esta misma línea fronteriza étnica se encuentran los hamitas lingüísticamente afines de los egipcios, los árabes semíticos y algunos otros mulatos del Oeste y del Sud de Asia y del Norte de Africa.

La misma concentración y por ende la sencillez y unidad mismas que en otras relaciones del antiguo Egipto nos presenta la perspectiva histórica, ofrécelas la población de este territorio, pero á medida que las investigaciones egipológicas progresan se ve más claro que los elementos extranjeros, especialmente los semíticos, desempeñaron en Egipto un papel más importante de lo que pudiera creerse á primera vista. ¿Tiene algo de extraño, pues, que en todas las discusiones relativas al origen de los egipcios y de su cultura se haga aparecer al Asia tan en primer término? Este continente es de todos los extranjeros el más cercano á Egipto y aquel en el cual alcanzaron mayor extensión y más variado desarrollo las formas de cultura afines á su civilización. Además, todos los elementos extranjeros que en tiempos históricos afluyeron á Egipto fueron asiáticos: del Asia procedían los principales agregados que más tarde formaron parte del pueblo egipcio, tales como los hyksos, los judíos, los persas y los árabes.

Esto ocurrió principalmente en la parte más civilizada é influyente de Egipto, en el delta, pues aquí vivían los egipcios puros puestos á modo de cuña entre los semitas al Este y los libios y maxios al Oeste, de los cuales les separaban sólo los brazos extremos de las corrientes del delta. De estos vecinos los semitas fueron los que más profundamente penetraron en el cuerpo nacional egipcio. Las piedras conmemorativas, los sarcófagos y los rollos de pa-

pyrus encontrados en las necrópolis del antiguo Egipto demuestran evidentemente la presencia de personas semitas que residían en el valle del Nilo y habían conseguido el derecho de ciudadanía; también se desprende la presencia y la influencia de los elementos semíticos de la afición de los egipcios á poner á sus hijos nombres semíticos ó semiegcipcios semisemíticos. A los semitas los encontramos en compactas agrupaciones en el lado oriental del delta, en ciudades y fortalezas cuyos nombres prueban que en su origen tuvieron una población semítica por más que estén emplazadas en suelo egipcio. La ciudad de Tanis, por ejemplo, la vemos designada en todas las inscripciones egipcias como ciudad esencialmente extranjera con el nombre de «ciudad de Zaru» cuyos habitantes son designados «como pueblos del país anterior oriental.» El país anterior oriental no es otra cosa que el distrito tanítico, también



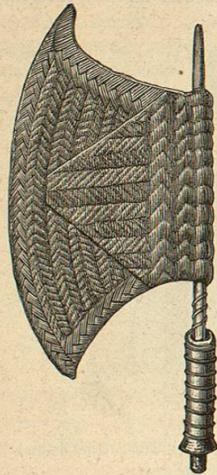
Bailarina de Chartum (de origen abisinio?). Tomada del natural por Ricardo Buchta

denominado Ta-mazor, es decir territorio fortificado; en esta denominación ha reconocido Brugsch la forma primitiva del nombre con que los hebreos designaban á Egipto, Mazor ó Mizraim. Los hyksos que desde Egipto invadieron el país del delta se establecieron intencionadamente en estos territorios entre sus afines de raza ó cerca de ellos: su invasión fué, al parecer, un aumento de la corriente que aunque imperceptiblemente hacía mucho tiempo que fluía y á impulsos de la cual eran llevados esos extranjeros á Egipto por grupos antes de que imitara su ejemplo la masa principal.

La primera de estas invasiones que siguieron al período de cinco siglos por lo menos de la dominación de Egipto por las tribus pastoras de los desiertos que al Este y al Norte rodeaban el valle del Nilo es uno de los fenómenos más grandes y quizás más trascendentales de la historia antigua. Para nosotros que hemos visto con tanta frecuencia á los pacíficos agricultores perder libertad y fortuna bajo la espada de los veloces y atrevidos pastores, ora watus ó gallas, ora wahumas ó fulbas, para nosotros — decimos — este importante y grandioso acto del drama de la historia de Egipto es sólo una repetición de aquellas luchas entre sedentarios y nómadas que sin cesar han conmovido á todo el Este de Africa, desde el Zambézé hasta el Mediterráneo. Y como estos pastores eran indudablemente semitas, el episodio de los hyksos aparece armónico dentro de la historia de los pueblos este-africanos. Porque estos pueblos á quienes Manethon supone ascendientes de los judíos y fundadores de Jerusalén, á quienes ya la antigüedad denominaba fenicios y árabes y cuyos primeros nom-

bres de soberanos, Philitis y Abaris, indican denominaciones de lugares palestinos y árabes, ¿qué otra cosa son más que precursores de los sabeos y de los árabes que más tarde habían de conquistar con más duraderas consecuencias los territorios del Nordeste de Africa?

¿Acaso traspasamos los límites de una hipótesis admisible cuando consideramos verosímil que también antiguamente ocurrieran tales invasiones? Sin remontarnos á los tenebrosos tiempos primitivos podríamos formular las siguientes preguntas: ¿cómo se explica la total desaparición de Egipto del teatro de la historia á partir del final de la sexta dinastía? ¿qué hay en los tres siglos que median entre el fin del antiguo imperio y los comienzos del imperio medio? Mariette ha emitido la opinión de que durante este lapso de tiempo el imperio fué invadido por los bárbaros.



Abanico giratorio que se usa en Nubia y Abisinia (De la colección de Hagenbeck, Hamburgo). $\frac{1}{8}$ de su verdadero tamaño.

¿Y sería absurdo suponer que el caos desconocido en que estaba sumido el imperio cuando Menes lo realzó debiera su existencia á una invasión análoga? El desierto y el territorio cultivado no pueden estar juntos sin producir grandes luchas, pero éstas son siempre uniformes y abundan en repeticiones. Los hyksos gobernaron en Egipto por espacio de quinientos años y es indudable que ejercieron influencia en el modo de ser del pueblo que sojuzgaron y con el que luego se mezclaron. Andando el tiempo, la educación y la civilización dejaron sentir sus efectos sobre esas tribus naturales, pudiendo admitirse que pasadas las primeras tormentas de la conquista, el Egipto bajo la dominación de los reyes de las tribus pastoras no se encontró peor que más tarde bajo la soberanía de los Ptolomeos, de los persas y de los romanos. No hay que exagerar, sin embargo, la profunda influencia de la aparición de los hyksos de los cuales sólo una parte se hicieron sedentarios al paso que el resto continuó haciendo su vida nómada, estableciéndose fijamente sólo en el Nordeste del territorio. Manethón estimaba en 24.000 el número de sus individuos aptos para el servicio de las armas. Los egipcios consideraron á los hyksos — y esto es lo principal — tan sucios como á los mismos pastores egipcios y por esto la mezcla fué, al parecer, menos intensa de lo que pudiera creerse. Esta invasión no fué la única que ocurrió en Egipto: en efecto, á los hyksos siguieron los judíos quienes, á su vez, sintieron poderosamente la influencia espiritual de los egipcios, pero también hicieron sentir la suya sobre éstos como lo demuestra la historia de José. Esto no obstante no dejaron huella alguna de su paso en los caracteres corporales de la población egipcia, como lo prueban los dibujos que ellos mismos nos han dejado en la Biblia en los capítulos relativos á su permanencia y á su éxodo del país de los Faraones. José llegó á Egipto en tiempo de los últimos reyes hyksos, halló excelente acogida por parte de los monarcas afines suyos de raza que vivían á la egipcia y llamó á su pueblo á ese país por mandato del Faraón. Pero de la misma manera que los hyksos sólo se establecieron fijamente en la parte Nordes-

te del delta, hubieron los israelitas de limitarse á la marca oriental, á comarcas en parte baldías y únicamente en determinados períodos del año utilizables como pastos. En las ciudades habitaba una población principalmente egipcia, mientras que en las playas del Mediterráneo vivían los comerciantes fenicios. Tal era el país de Gesen: «Y tú habitarás en la tierra de Gessén y estaréis cerca de mí tú y tus hijos y los hijos de tus hijos y tus ovejas y tus ganados mayores y todo lo que posees.» (1. Moisés, 45, 10.) Después de la expulsión de los hyksos los judíos se vieron sometidos á los trabajos de corvea, «y les pusieron sobrestantes de obras para que los afligiesen con cargas: y edificaron al Faraón las ciudades de las tiendas, Phithom y Ramesés.» (2. Moisés, 1, 11.) Como pastores, que en calidad de tales llegaron los judíos á Egipto, fueron considerados por los egipcios tan impuros como los mismos hyksos y como éstos despreciados, de modo que no es probable que se mezclasen mucho con aquéllos. Cuando Moisés sacó á los judíos de Egipto, todo el pueblo abandonó con él el territorio egipcio. ¿Debemos, por otra parte, atribuir mayor influencia á los etíopes, asirios, persas y griegos que ocuparon el país sólo parcial ó militarmente? Y sin embargo, tal como era el Egipto, todas estas sucesivas invasiones fueron derramando en las venas de los egipcios sangre extranjera, debiendo operarse una transformación que, por lo mismo que hubo en ella períodos de muchos siglos de tranquilidad, agrupación y exclusivismo, no hizo más que dar mayor idiosincrasia al pueblo sin perjudicar á su unidad.

De aquí que el Egipto, en oposición á otros pueblos de la antigüedad débilmente unidos, fuese una nación orgullosa de su cohesión, amante de su país al cual quería como patria propia y como patria de sus dioses.

Únicamente el cambio de religión podía romper esta cohesión íntima y por esto la invasión de los árabes (638) y la consiguiente sujeción del pueblo al islamismo es el hecho más trascendental de la historia egipcia. El mahometismo quebrantó la conexión de la nación antigua. La fraternidad, la igualdad de derechos de todos los creyentes que la religión del profeta establece entre todos los islamitas fueron naturalmente causa de que los musulmanes koptos se mezclaran con sus correligionarios árabes, naciendo así una nueva generación que constituye la mayoría de los actuales egipcios, los fellahs ó aradores (de la palabra árabe *falach* que significa arado), habitantes del campo, labradores por cuyas venas corre más sangre egipcia que por las de los individuos de las ciudades. La comparación con los monumentos nos demuestra que á pesar de todo la nueva generación ostenta los caracteres inequívocos de la antigua raza egipcia, cosa que fácilmente se explica teniendo en cuenta la proporción de los dos elementos que en la mezcla entraron. La población indígena no bajaba en tiempo de la conquista árabe de cinco millones de almas y por numerosos que fueran los inmigrantes árabes constituían en las llanuras la minoría y se vieron absorbidos por la sangre egipcia que quizás era también más vigorosa. En algunas ciudades y aldeas del alto Egipto en donde los koptos vivían más compactamente unidos, la población primitiva se ha conservado casi completamente pura, encontrando el viajero á menudo algunas figuras ante las cuales se cree en presencia de estatuas ó imágenes vivas de la época de los Faraones. La expresión del rostro, sobre todo, bondadosa, melancólica, torpe y apática recuerda á los antiguos egipcios y forma marcado contraste con la del árabe que es enérgica, astuta, salvaje é inteligente. El fellah al heredar tantas cualidades físicas de sus antepasados heredó también las dotes intelectuales y espí-

rituales de éstos y desgraciadamente también la falta de vida que como ley natural pesa sobre el labrador egipcio. Tenemos en los actuales egipcios una nación independiente que por línea directa deriva de los egipcios antiguos y que si bien por sus íntimas relaciones con sus conquistadores árabes, por sus costumbres y por su religión se denomina árabe, tiene como elemento preponderante el kopto-egipcio. Un egipcio moderno se distingue á primera vista de un árabe puro. El número de árabes puros ó que casi se han conservado sin mezcla es muy exiguo en Egipto.

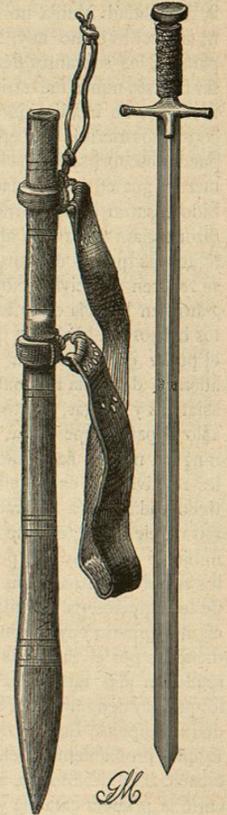
Los árabes nómadas, es decir los que son árabes no sólo por su origen sino también por sus usos y costumbres, por su alimentación y por su sistema de vida, apenas pasan de 300.000 en los dominios del Imperio egipcio y viven en la península del Sinaí, en el desierto libio y en el desierto egipcio-arábigo: y aun en ese número van comprendidas las antiguas tribus etíopes de los ababdehes, de los bischariehes y de los hadendoas que son fragmentos del pueblo en otro tiempo poderoso de los bedjas, y los millares de los llamados berberinos que figuran entre las clases sirvientes y en el ejército. Los árabes ababdehes que, según testimonio de Maltán, son por su ligereza y movilidad y hasta por su aspecto los verdaderos hijos del desierto más que los pesados maghrebinos, han sido por algunos considerados como los primitivos árabes que emigraron á Africa.

De los árabes pasó el Egipto en 1517 á los turcos que convirtieron en provincia turca el antiguo país de los Faraones. Los actuales soberanos y muchos magnates son turcos, estimándose en 10.000 el número de éstos; igual cifra alcanzan los armenios: los judíos y los rajahs griegos figuran allí en doble número. En 1879 contábanse unos 70.000 extranjeros en su mayoría griegos é italianos, existiendo enfrente de todos estos elementos exóticos 5 millones de fellahs y de koptos: éstos son los egipcios genuinos, los que no sólo están apegados al terruño sino que se sienten atados á él por mil modos, de manera que aparecen ser hijos de su país en mucho más alto grado que los hijos de cualquier otro país de la tierra. En este punto nadie puede competir con el fellah y en ello estriba su fuerza de perseverancia y de resistencia que en la actualidad hace de él el único representante del antiguo Egipto: el fellah vive y trabaja con pocas variantes del mismo modo que vivían y trabajaban los súbditos de Menes ó de Mycerina; su vida es un reflejo del antiguo Egipto como su trabajo y su sobriedad son las únicas cosas que han conservado en el país un resto de su antiguo esplendor. El cambio mayor de la vida egipcia no fué la conversión del antiguo labrador egipcio en un hombre que hablaba el árabe é invocaba á Alah, sino la transformación completa de las clases elevadas que contrastó con la exigua variación que experimentaron las capas sociales inferiores. Los señores, los sacerdotes, los comerciantes, es decir todos los vecinos de las ciudades sufrieron un cambio radical; sólo el fellah es el mismo desde hace 5.000 años. Para él el cambio de religión nada significa puesto que sigue siendo siervo de los ídolos y de la superstición, ora invoque las almas de sus antepasados ora dirija sus preces á Alah. Cuando vemos que el actual Egipto es el país de las mejores universidades (la mezquita El Azar es la primera universidad y sobre todo el foco intelectual del islamismo), de la prensa más activa y especialmente del más animado cambio de ideas, hemos de reconocer que la transformación producida por los árabes y el islamismo en las capas elevadas de su población, apartó á la nación egipcia del camino que su historia siguió en la remota antigüedad. Desde este punto de vis-

ta, pues, el Egipto se ha convertido en colonia árabe, acabando por ser un miembro de la serie de Estados mahometanos que á consecuencia de la conquista árabe se formaron en la costa septentrional del Africa. El hecho de que el arabismo y el mahometismo con sus exclusivismos destruyeran las huellas del helenismo, del romanismo y de la civilización cristiana más radicalmente de lo que todos éstos habían destruído las de la antigua cultura egipcia, ha hecho que esa última evolución de la historia de Egipto fuese la más profunda y trascendental de las realizadas en el valle del Nilo. Los hyksos no consiguieron su objeto hasta que sometieron á la fuerza brutal del nomadismo el fanatismo de una nueva religión monoteísta que con su sencillez fué un bien para aquel país que había entrado en descomposición y hubo de ceder en definitiva al politeísmo de los antiguos. La iconolatría es un culto demasiado natural para que en él no incurrieran los hijos de Mahoma á pesar de todo el celo de sus santos. Maltán refiere que los mahometanos de Bibba (alto Egipto) adoraron largo tiempo á un San Jorge kopto y oraron ante la imagen del piadoso caballero á quien los koptos de la ciudad hicieron pasar por morabito.

De modo que el Egipto es actualmente turco árabe en las cúspides más elevadas de su jerarquía y árabe en las ciudades; la religión dominante es el islamismo engendrado en el desierto, no quedando de la ciencia indígena más que las doctrinas de los tolbas. El arte árabe-moro ha llegado á su mayor florecimiento en presencia de las pirámides del antiguo Imperio del Cairo. Para encontrar el Egipto antiguo hay que descender á las cabañas de limo de los fellahs, á las norias y á los campos de durra: allí se encuentra el sendero que enlaza el tiempo antiguo con la edad moderna.

La historia de Nubia puede ser separada de la de Egipto como la de Abisinia de la de Arabia; y aunque los destinos históricos de ambos países hayan tomado distintas direcciones y aunquela naturaleza dotándoles tan distintamente les destinó á una suerte diversa, siempre nos encontramos con que una sola raza habita la Nubia y el Egipto y con que una sola frontera encierra á estos dos territorios haciendo de ellos un solo país desde el punto de vista de la cultura. Nubia ocupa, sin embargo, el segundo lugar yendo lentamente en pos de Egipto cuando éste progresa; obedécele cuando es poderoso y sucumbe detrás de él en el punto y hora en que él cae á los pies de los conquistadores. La filología nos enseña á conocer un solo grupo de pueblos en la costa septentrional de Africa y en el valle del Nilo hasta la falda de las montañas abisinias. Todos aparecen unidos por el



Una espada nubia (de hoja de Solingen) con vaina y colgantes (Museo para Etnografía, Berlín).